

12° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



Las lecturas de este Domingo ponen de relieve la dificultad de vivir como discípulos, dando testimonio del plan de Dios en el mundo.

Sugieren que la persecución está siempre en el horizonte del discípulo. Pero aseguran, también, que la solicitud y el amor de Dios no abandonan a aquel que da testimonio de la salvación.

La primera lectura nos presenta el ejemplo de un profeta del Antiguo Testamento, Jeremías.

Es el paradigma del profeta sufriente, que experimenta persecución, soledad, abandono a causa de la Palabra; sin embargo, no deja de confiar en Dios y de anunciar, con coherencia y

fidelidad, las propuestas de Dios para los hombres.

En el Evangelio, es el mismo Jesús quien, al enviar a los discípulos, les pone sobre aviso que inevitablemente sufrirán persecuciones e incomprensiones; pero les dice: "no temáis".

Jesús asegura a los suyos la presencia continua, la solicitud y el amor de Dios, a lo largo de todo su caminar por el mundo.

En la segunda lectura, Pablo demuestra a los cristianos de Roma cómo la fidelidad a los proyectos de Dios genera vida y cómo una vida de egoísmo y autosuficiencia produce muerte.

PRIMERA LECTURA

Libró la vida del pobre de manos de los impíos

Lectura del Profeta Jeremías

20, 10 - 13

Dijo Jeremías:

Oía el cuchicheo de la gente:

«pavor en torno.»

Delatadlo, vamos a delatarlo,

mis amigos acechaban mi traspiés.

A ver si se deja seducir y lo violaremos,

lo cogemos y nos vengaremos de él.

Pero el Señor está conmigo,

como fuerte soldado;

mis enemigos tropezarán

y no podrán conmigo.

Se avergonzarán de su fracaso

con sonrojo eterno que no se olvidará.

Señor de los Ejércitos,

que examinas al justo y sondeas lo íntimo del corazón,

que yo vea la venganza que tomas de ellos,

porque a ti encomendé mi causa.

Cantad al Señor,

alabad al Señor,

que libró la vida del pobre

de manos de los impíos.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Jeremías, el profeta nacido en Anatot alrededor del 650 a. de C., ejerció su misión profética desde el 627/626 a. de C., hasta después de la destrucción de Jerusalén por los Babilonios (586 a. de C.). El escenario de la actividad del profeta es, en general el reino de Judá, y, sobre todo, la ciudad de Jerusalén.

La primera fase de la predicación de Jeremías abarca parte del reinado de Josías. Este rey, preocupado por defender la identidad política y religiosa del Pueblo de Dios, lleva a cabo una impresionante reforma religiosa, destinada a expulsar del país los cultos a los dioses extranjeros. El mensaje de Jeremías, en este período, se traduce en una constante llamada a la conversión, a la fidelidad a Yahvé y a la alianza.

Sin embargo, en 609 a. de C., Josías murió en combate contra los egipcios. Joaquín le sucede en el trono. La segunda fase de la actividad profética de Jeremías, abarca el tiempo del reinado de Joaquín (609-597 a. de C.).

El reinado de Joaquín es un tiempo de desgracia y de pecado para el Pueblo, y de incompreensión y sufrimiento para Jeremías. En esta fase, el profeta aparece criticando las injusticias sociales (a veces fomentadas por el propio rey) y la infidelidad religiosa (traducida, sobre todo, en la búsqueda de alianzas políticas: buscar la ayuda de los egipcios, significaba no confiar en Dios y, en contrapartida, poner la esperanza del Pueblo en los ejércitos extranjeros).

Jeremías está convencido de que Judá ya ha sobrepasado todas las medidas y que es inminente una invasión babilónica que castigará los pecados del Pueblo de Dios. Eso es lo que él dice a los habitantes de Jerusalén. Las previsiones funestas de Jeremías se cumplen: el 597, Nabucodonosor invade Judá y deporta a Babilonia a parte de la población de Jerusalén.

En el trono de Judá queda, entonces, Sedecías (597-586 a. de C.). La tercera fase de la misión profética de Jeremías se desarrolla, precisamente, durante este reinado.

Después de algunos años de calmada sumisión a Babilonia, Sedecías vuelve a realizar la vieja política de las alianzas con Egipto. Jeremías no está de acuerdo en poner la confianza en los ejércitos extranjeros y no en Yahvé. Pero, ni el rey, ni los notables le prestan ninguna atención. Considerado un amargo "profeta de la desgracia", Jeremías apenas consigue nada más que vacío a su alrededor.

En el 587 a. de C., Nabucodonosor pone cerco a Jerusalén; mientras, un ejército egipcio viene en socorro de Judá y los babilonios se retiran. En ese momento de euforia nacional, Jeremías aparece anunciando el comienzo del cerco y la destrucción de Jerusalén (cf. Jer 32,2-5). Acusado de traición el profeta es encarcelado (cf. Jer 37,11-16) y corre peligro su vida (cf. Jer 38,11-13). Mientras Jeremías continúa predicando la rendición, Nabucodonosor se apodera, de hecho, de Jerusalén, destruye la ciudad y deporta a su población a Babilonia (586 a. de C.).

Jeremías es el paradigma de los profetas que sufren a causa de la Palabra. De naturaleza sensible y cordial, hombre de paz, que ansía la calma de la familia y el encuentro con los amigos, Jeremías no estaba hecho para la confrontación, la agresión, la violencia de las palabras o de los gestos; pero Yahvé le llamó para "arrancar y destruir, para exterminar y demoler" (Jer 1,10), para predecir desgracias y anunciar, con violencia, destrucción y muerte (cf. Jer 20,8).

Como consecuencia, fue continuamente objeto de desprecio y de irrisión y todos lo maldecían. Los familiares, los amigos, los reyes, los sacerdotes, los falsos profetas, el pueblo entero, todos se apartaban, cuando él abría la boca. Y ese hombre bueno, sensible, delicado, sufría terriblemente por el abandono y por la soledad a la que la misión profética le condenaba.

Jeremías estaba verdaderamente apasionado por la Palabra de Yahvé y sabía que no tendría descanso si no la proclamaba con fidelidad. Pero, en los momentos más negros de soledad y de frustración, el profeta dejó, algunas veces, que la amargura que le hería el corazón le saliera por la boca y se transformase en palabras. Se dirigía a Dios y le censuraba por los problemas que la misión le ocasionaba. Llegó a compararse a una joven inocente e ingenua de la que Dios se apoderó y a la que forzó a hacer algo que el profeta no quería (cf. Jer 20,7-9).

En el libro de Jeremías aparecen, a cada paso, quejas y lamentos del profeta, condenado a esa vida de aparente fracaso. Algunos de esos textos son conocidos como "confesiones de Jeremías" y son verdaderos desahogos en los que el profeta expone a Yahvé, con sinceridad y rebeldía, su desilusión, su amargura y su frustración (cf. Jer 11,18-23; 12,1-6; 15,10.15-20; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18).

El texto que hoy se nos propone forma parte de una de esas "confesiones".

1.2. Mensaje

El profeta comienza por describir la escena. La multitud, harta de escuchar anuncios de castigos y de terrores, resuelve poner punto final al derrotismo de Jeremías y se prepara para reprimirlo.

Jeremías, el "pavor en torno" (es de esa forma irónica como la multitud lo designa, parodiando una expresión de la que el profeta se servía para anunciar las desgracias que estaban a punto de llegar) va a ser apresado, juzgado y silenciado. Todo el ambiente hace pensar en un montaje para realizar un linchamiento popular. La vida del profeta corre, por tanto, serio riesgo. Sin embargo, lo que más le dolía a Jeremías era que hasta sus amigos más íntimos le volvían la espalda y se unían a los que maquinaban su perdición. El profeta, que nunca pretendió injuriar a nadie, sino solamente anunciar con fidelidad la Palabra de Dios, se siente solo, abandonado, marginado, perdido en la más negra soledad (v. 10).

No obstante, el lamento de Jeremías es bruscamente cortado por un inesperado himno de alabanza a Yahvé, expresión extraordinaria de la confianza en el Dios que no falla (vv. 11-13).

Es preciso decir que estos versículos están aquí un tanto descolocados: probablemente, fueran pronunciados por Jeremías en otro contexto e insertados aquí por el editor final del libro (en el texto original, los versos 7-10 serían seguidos por los vv. 14-18). De cualquier forma, este himno reproduce la certeza de que, a pesar del sufrimiento y de la incomprensión que tiene que soportar, el profeta no está solo: él confía en Dios, en su poder, en su justicia, en su amor; y sabe que Dios nunca abandona al pobre que en él confía (aquí "pobre" no debe ser entendido en sentido material, sino en sentido de desprotegido, perseguido injustamente por los poderosos).

1.3. Actualización

Considerad, en la reflexión, las siguientes cuestiones:

- ✚ Ser profeta no es un camino fácil: el ejemplo de Jeremías es esclarecedor (como también lo es el testimonio de Óscar Romero, Luther King, Gandhi y tantos otros profetas de nuestro tiempo). Al "mundo" no le gusta ver que se pone en duda su "podrida paz", no está dispuesto a aceptar que se cuestionen sus esquemas de explotación y de injusticia instituidos en favor de los poderosos, ni que se critiquen los "valores" de algunos "iluminados" que crean opinión.
El "camino del profeta" es, por tanto, un camino en el que se bordea permanentemente con la incomprensión, con la soledad, con el riesgo. Y, sin embargo, es un camino que Dios nos llama a recorrer, en fidelidad a su Palabra.
¿Tenemos el coraje necesario para seguir ese camino?
¿Las "malas lenguas", las críticas injustas, la soledad, impedirán que cumplamos la misión que Dios nos ha confiado?
- ✚ En el bautismo, fuimos ungidos como "profetas" a imagen de Cristo.
¿Somos conscientes de esa vocación a la que Dios nos ha convocado a todos los cristianos?
¿Tenemos idea de que somos "la boca" a través de la cual la Palabra de Dios resuena en el mundo y llega a los hombres?
- ✚ La experiencia profética es un camino de lucha, de sufrimientos, muchas veces de soledad y de abandono; pero es, también, un camino en el que Dios está.
El testimonio de Jeremías confirma que Dios nunca abandona a aquellos que intentan testimoniar, con coraje y verdad, sus propuestas. Esta certeza debe animar y dar esperanza a todos aquellos que asumen, con coherencia, su misión profética.

Salmo responsorial

Salmo 68, 8-10. 14 y 17. 33-35

V/. Que me escuche tu gran bondad, Señor.

R/. Que me escuche tu gran bondad, Señor.

V/. Por ti he aguantado afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.
Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre,
porque me devora el celo de tu templo,
y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí.

R/. Que me escuche tu gran bondad, Señor.

V/. Pero mi oración se dirige a ti, Dios mío,
el día de tu favor;
que me escuche tu gran bondad,
que tu fidelidad me ayude.
Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia;
por tu gran compasión vuélvete hacia mí.

R/. Que me escuche tu gran bondad, Señor.

V/. Miradlo los humildes y alegraos,
buscad al Señor y vivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos.
Alábenlo el cielo y la tierra,
las aguas y cuanto bulle en ellas.

R/. Que me escuche tu gran bondad, Señor.

SEGUNDA LECTURA

El don no se puede comparar con la caída

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 5, 12 - 15

Hermanos:

Lo mismo que por un hombre
entró el pecado en el mundo
y por el pecado la muerte,
y así la muerte pasó a todos los hombres
porque todos pecaron.

Pero, aunque antes de la ley había pecado en el mundo,
el pecado no se imputaba porque no había ley.

Pues a pesar de eso,
la muerte reinó desde Adán hasta Moisés,
incluso sobre los que no habían pecado
con un delito como el de Adán,
que era figura del que había de venir.

Sin embargo,
no hay proporción entre la culpa y el don:
si por la culpa de uno murieron todos,
mucho más,
gracias a un solo hombre,
Jesucristo,
la benevolencia y el don de Dios
desbordaron sobre todos.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Al final de la década de los 50 (la carta a los Romanos apareció entre el 57 y 58), la "crisis" entre los cristianos oriundos del mundo judío y los cristianos oriundos del mundo pagano se acentúa.

Los cristianos de origen judío consideraban que, además de la fe en Jesucristo, era necesario cumplir las obras de la Ley de Moisés, para poder tener acceso a la salvación; pero los cristianos de origen pagano no querían aceptar la obligatoriedad de las prácticas judías. Era una cuestión "caliente", que amenazaba con romper la unidad de la Iglesia.

En este escenario, Pablo intenta mostrar a todos los creyentes la unidad de la revelación y de la historia de la salvación: judíos y no judíos son, de igual forma, llamados por Dios a la salvación; lo esencial no es cumplir la Ley de Moisés, que nunca aseguró a nadie la salvación; lo esencial es acoger la oferta de salvación que Dios realiza a todos por medio de Jesús.

El texto que se nos propone forma parte de la primera parte de la Carta a los Romanos (cf. Rom 1,18-11,36). Después de demostrar que todos (judíos y no judíos) viven manchados por el pecado (cf. Rom 1,18-3,20) y que es la justicia de Dios la que salva a todos, sin distinción (cf. Rom 3,21-5,11), Pablo enseña que la vida llega a los hombres y se hace oferta de salvación para todos a través de Jesucristo (cf. Rom 5,12-8,39).

2.2. Mensaje

Para dejar bien claro que la salvación fue ofrecida por Dios a los hombres a través de Jesucristo, Pablo recurre aquí a una figura literaria que aparece, con alguna frecuencia, en sus escritos: la antítesis. En concreto, Pablo va a exponer su pensamiento a través de un juego de oposiciones entre dos figuras: Adán y Jesús.

Adán es la figura de una humanidad que prescinde de Dios y de sus propuestas y que elige caminos de egoísmo, de orgullo y de autosuficiencia. Esa elección produce injusticia, alienación, falta de armonía, pecado. Porque la humanidad prefirió, tantas veces, ese camino, el mundo entró en una dinámica de pecado; y el pecado genera muerte. La muerte debe ser entendida, en este contexto, en sentido global, no tanto como muerte físico-biológica sino, sobre todo, como muerte espiritual y escatológica que es el alejamiento temporal o definitivo de Dios (fuente de la vida verdadera).

Cristo propuso otro camino. Él vivió en una permanente escucha de Dios y de sus propuestas, en obediencia total a los planes del Padre. Ese camino lleva a la superación del egoísmo, del orgullo, de la autosuficiencia y hace surgir un Hombre Nuevo, plenamente libre, que vive en comunión con el Dios que es fuente de vida auténtica (la victoria de Cristo sobre la muerte es la prueba de que la comunión con Dios produce vida definitiva). Fue esa la gran propuesta que Cristo realizó a la humanidad. Así, Cristo liberó a los hombres de la dinámica del pecado e introdujo en el mundo una nueva, una dinámica de la gracia que genera vida plena (salvación).

No está claro que Pablo se esté refiriendo, aquí, a aquello que la teología posterior designó como "pecado original" (un pecado histórico cometido por el primer hombre, que atañe y marca a toda la humanidad). Lo que está claro es que, para Pablo, la intervención de Cristo en la

historia humana se tradujo en una dinámica de esperanza, de vida nueva, de vida auténtica. Cristo vino a proponer a la humanidad un camino de comunión con Dios y de obediencia a su voluntad; ese es el camino que conduce al ser humano hacia la vida plena y definitiva, hacia la salvación.

2.3 Actualización

- ✚ La historia de nuestro tiempo está llena de ejemplos de personas que entregaron su vida para realizar el proyecto libertador de Dios en el mundo y que fueron consideradas por la cultura dominante gente vencida y fracasada (aunque con alguna frecuencia, después de muertos fueran "recuperados" y presentados como héroes).
Jesucristo nos muestra que hacer de la vida un don de Dios a los hombres, no es un camino de fracaso y de muerte, sino que es un camino liberador, que introduce en el mundo fuerzas de vida nueva, de vida auténtica, de vida definitiva.
¿Yo estoy dispuesto a arriesgar, a hacer de mi vida un don, para que la vida plena llegue y libere a mis hermanos?
- ✚ Algunos acontecimientos que marcan nuestro tiempo confirman que una historia construida al margen de Dios y de sus planes es una historia herida por el egoísmo, por la injusticia y por tanto, es una historia de sufrimiento y de muerte.
Cuando el hombre deja de hacer caso a Dios, se vuelve injusto y prepotente, presta oídos al lucro fácil, destruye la naturaleza, explota a los otros hombres y sacrifica en provecho propio la vida de sus hermanos.
¿Cuál es nuestro papel de creyentes en este proceso?
¿Qué podemos hacer para que Dios vuelva a estar en el centro de la historia y sus propuestas sean acogidas?
- ✚ La modernidad nos ha enseñado que la fuente de la salvación no es Dios sino el hombre y sus conquistas. Ha exaltado el individualismo y la autosuficiencia y nos ha enseñado que sólo nos realizaremos totalmente si somos nosotros, orgullosamente solos, los que definamos nuestro camino y nuestro destino.
¿Pero, dónde nos lleva esta cultura que prescinde de Dios y de sus sugerencias?
¿La cultura moderna ha hecho surgir un hombre más feliz, o ha propiciado la aparición de seres humanos perdidos y sin referencias, que muchas veces lo apuestan todo en propuestas falsas de salvación y que salen de esas experiencias de búsqueda más frágiles, más dependientes, más alienados?

Aleluya

Jn 15, 26b. 27^a

El Espíritu de la verdad dará testimonio de mí
dice el Señor;
y también vosotros daréis testimonio.

EVANGELIO

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo

† Lectura del santo Evangelio según San Mateo

10, 26 - 33

En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles :

– No tengáis miedo a los hombres
porque nada hay cubierto que no llegue a descubrirse;
nada hay escondido que no llegue a saberse.

Lo que os digo de noche decidlo en pleno día,
y lo que os digo al oído pregonadlo desde la azotea.

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo,
pero no pueden matar el alma.
No; temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo.

¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos?
y, sin embargo,
ní uno sólo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre.
Pues vosotros
hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados.
Por eso, no tengáis miedo,
no hay comparación entre vosotros y los gorriones.

Si uno se pone de mí parte ante los hombres,
yo también me pondré de su parte ante mí Padre del cielo.
Y si uno me niega ante los hombres,
yo también lo negaré ante mí Padre del cielo.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Continuamos en el mismo ambiente en el que nos situaba el Evangelio del domingo pasado. Los discípulos, que Jesús llamó y que respondieron positivamente a esa llamada, que escucharon las enseñanzas y que fueron testigos de los signos de Jesús, van a ser enviados al mundo, para continuar la obra liberadora y salvadora de Jesús. Con todo, antes de partir, reciben las instrucciones de Jesús: es el "discurso de misión", que se prolonga desde 9,36 hasta 11,1.

Mateo escribe durante la década de los 80. En el imperio romano gobierna Domiciano (años 81 a 96), un emperador que no está dispuesto a tolerar al cristianismo. En el horizonte inmediato de las comunidades cristianas aparece una hostilidad creciente, que rápidamente se convertirá en persecución organizada contra el cristianismo (en el año 95, por iniciativa de Domiciano, comienza una terrible persecución contra los cristianos en todos los territorios del imperio romano).

La comunidad cristiana a quien Mateo destina su Evangelio (posiblemente, la comunidad cristiana de Antioquía de Siria) es una comunidad con gran sensibilidad misionera, verdaderamente comprometida en llevar la Buena Noticia de Jesús a todos los hombres. Sin embargo, los misioneros conviven, día a día, con dificultades y persecuciones y manifiestan un cierto desánimo y una cierta frustración. Los creyentes no saben qué camino seguir y están perturbados y confusos.

En este contexto, Mateo compone una especie de "manual del misionero cristiano", que es nuestro "discurso de misión". Para mostrar que la actividad misionera es un imperativo de la vida cristiana, Mateo presenta la misión de los discípulos como la continuación de la obra liberadora de Jesús. Define también los contenidos del anuncio y las actitudes fundamentales que los misioneros deben asumir, en cuanto testigos del "Reino".

3.2. Mensaje

El tema central de nuestra lectura está sugerido por la expresión "*no tengáis miedo*", que se repite por tres veces a lo largo del texto (cf. Mt 10,26.28.31). Se trata de una expresión que aparece con alguna frecuencia en el Antiguo Testamento, dirigida a Israel (cf. Is 41,10.13; 43,1.5; 44,2; Jer 30,10) o a un profeta (cf. Jer 1,8). El contexto es siempre el de la elección: Yahvé elige a alguien (a un Pueblo o a una persona) para su servicio; al elegido, le confía una misión profética en el mundo; y, porque sabe que el "elegido" se va a enfrentar a fuerzas contrarias, que se traducirá en sufrimiento y persecución, le asegura su presencia, su ayuda y protección.

Es, precisamente, en este contexto en el que el Evangelio de este Domingo nos sitúa. Al enviar a los discípulos que eligió, Jesús les asegura su presencia, su ayuda, su protección, a fin de que los discípulos superen el miedo y la angustia que es fruto de la persecución. Las palabras de Jesús corresponden a la última bienaventuranza:

"bienaventurados seréis cuando, por mi causa, os insulten, os persigan y, mintiendo, digan todo mal contra vosotros" (Mt 5,12).

Esta invitación a la superación del miedo va acompañada por tres presupuestos.

En el primer presupuesto (vv. 26-27), Jesús pide a los discípulos que no dejen que el miedo impida la proclamación abierta de la Buena Noticia. El mensaje liberador de Jesús no puede correr el riesgo de quedar, a causa del miedo, circunscrito a un pequeño grupo, cobarde y cómodamente cerrado entre cuatro paredes, sin correr riesgos, ni incomodar el orden injusto sobre el cual el mundo se ha construido; sino que es un mensaje que debe ser proclamado con coraje, con convicción, con coherencia, desde los tejados, a fin de cambiar al mundo y convertirse en una Buena Noticia liberadora para todos los seres humanos.

En el segundo presupuesto (v. 28), Jesús recomienda a los discípulos que no se dejen vencer por el miedo a la muerte física. Lo que importa, para el discípulo, no es que los perseguidores le puedan eliminar físicamente, sino que lo más importante, para el discípulo, es perder la posibilidad de llegar a la vida plena, a la vida definitiva. Ahora bien, el cristiano sabe que la vida definitiva es un don, que Dios ofrece a aquellos que acogen su propuesta y que aceptan poner la vida al servicio del "Reino". Los discípulos que intentan recorrer con fidelidad el camino de Jesús, por tanto, no han de vivir angustiados por el miedo a la muerte.

En el tercer presupuesto (vv. 29-31), Jesús invita a los discípulos a vivir en la confianza absoluta en Dios. Para ilustrar la solicitud de Dios, Mateo recurre a dos imágenes: la de los pájaros a los que Dios cuida (que revela la gran ternura y preocupación de Dios por todas las criaturas, incluso las más insignificantes e indefensas) y la de los cabellos que Dios cuenta (que revela la forma particular, única, profunda, como Dios conoce al hombre, con su especificidad, sus problemas, sus cualidades).

Dios es presentado aquí como un "Padre", lleno de amor y de ternura, siempre preocupado por cuidar de sus "hijos", en comprenderlos y en protegerlos. ¿Entonces, después de haber descubierto el "rostro" de Dios, los discípulos tienen alguna razón para sentir miedo? La certeza de ser hijo de Dios es, sin duda, algo que alimenta la capacidad del discípulo para comprometerse sin miedo, sin prevenciones, sin prejuicios, sin condiciones, en la misión. Nada, ni las dificultades, ni las persecuciones, consiguen calar en ese discípulo que confía en la solicitud, en el cuidado y en el amor de Dios Padre.

Las últimas palabras (vv. 32-33) de la lectura, que hoy se nos propone, contienen una seria advertencia de Jesús: la actitud del discípulo ante la persecución, condicionará su destino último. Aquellos que se mantengan fieles a Dios y a sus planes y que testifiquen con valentía la Palabra, encontrarán vida definitiva; pero aquellos que quieran protegerse, cómodamente instalados en una vida segura, sin riesgos, sin dificultades, y, también, sin coherencia, habrán rechazado la vida en plenitud: esos, no podrán formar parte de la comunidad de Jesús.

3.3. Actualización

En la reflexión, pueden considerarse los siguientes aspectos:

- ✚ El proyecto de Jesús, vivido con radicalidad y coherencia, no es un proyecto "simpático", aclamado y aplaudido por aquellos que mandan en el mundo o que "hacen" la opinión pública, sino que es un proyecto radical, que cuestiona y provoca, que exige la victoria sobre el egoísmo, la comodidad, la instalación, la opresión, la injusticia. Es un proyecto capaz de socavar los fundamentos de ese orden injusto y alienante sobre el cual el mundo está construido.
Hay un cierto "mundo" que se siente amenazado en sus fundamentos y que intenta, todos los días, encontrar la forma para subvertir y domesticar el plan de Jesús. Nuestra época ha inventado formas (menos sangrientas pero, ciertamente, más refinadas que las de Domiciano) de reducir al silencio a los discípulos: los ridiculiza, los calumnia, los corrompe, los masacra con publicidad engañosa de valores efímeros.
Como la comunidad de Mateo, también nosotros andamos temerosos, confusos, desorientados, preguntándonos si vale la pena continuar remando contra corriente. A todos nosotros, Jesús nos dice: "no tengáis miedo".
- ✚ El miedo de parecer anticuado, de quedar descolocado en relación con los demás, de ser ridiculizado, de sufrir persecución física, no puede impedirnos el dar testimonio.
La Palabra liberadora de Jesús no puede ser silenciada, escondida, escamoteada, sino que tiene que ser vivamente afirmada con palabras, con gestos, con actitudes provocativas e interrogantes.
Vivir una fe "tibia" (instalada, cómoda, que no cambia nada, que acepta pasivamente valores, esquemas, dinámicas y estructuras deshumanizadoras) no llega a integrarnos plenamente en la comunidad de Jesús.
- ✚ Por lo demás, el valor supremo de nuestra vida no está en el reconocimiento público, sino que está en esa vida definitiva que nos espera al final de un camino gastado en la entrega al Padre y en el servicio a los hombres; y Jesús nos demostró que solo ese camino conduce a la vida de felicidad sin fin que los dueños de este mundo no consiguen robar.
- ✚ La Palabra de Dios que hoy se nos propone nos invita, también, a realizar el descubrimiento de ese Dios que tiene un corazón lleno de ternura, de bondad, de solicitud. Si nos entregamos confiadamente en las manos de Dios, que es un padre que nos da confianza y protección y que es una madre que nos da amor llevándonos en su regazo cuando tenemos dificultad para caminar, no tendremos ningún miedo en enfrentarnos a los hombres.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

12º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Domingo 12º del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Se podría prolongar el canto de entrada.

Se podría alargar el canto de entrada. Su función es la de congregar a la comunidad que se prepara para celebrar. Si es demasiado corto (muchas veces termina antes de que el presidente llegue al altar), no cumple con esa función. Recordemos también que no es necesario que el principio del canto de entrada coincida con el inicio de la procesión de entrada. El canto puede comenzar también antes de la procesión.

3. Necesidad de prevenir a los lectores.

Las lecturas de este domingo pertenecen a géneros literarios diferentes. Ninguna es fácil de leer en público. Donde esto no se realice, es bueno el adquirir el hábito de prevenir a los lectores, con anticipación, para que preparen la proclamación de las lecturas. Mejor todavía, debería haber un tiempo durante la semana para meditar y preparar juntos los textos bíblicos que se van a proclamar el domingo. El grupo de lectores es también para eso, no únicamente para figurar en una lista.

4. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar la acogida de las lecturas con la oración.

Al final de la primera lectura: Bendito seas, Señor del universo, que escrutas los corazones. Siempre libras al pobre del poder de los malos, salvaste a Isaac, Moisés y a tu Pueblo, velaste por tu Hijo y por los apóstoles. Te confiamos nuestra causa y las de todos los que sufren. Te pedimos que permanezcas a nuestro lado, apoyándonos cuando ayudamos a otros.

Al final de la segunda lectura: Te damos gracias por el primer Adán, de quien heredamos la vida terrestre. Pero te bendecimos sobre todo por tu Hijo Jesús, el segundo Adán, por quien nos diste la gracia en abundancia, para la vida eterna. Te pedimos por nuestra humanidad sometida al imperio de la muerte, y por tantos hombres y mujeres que intentan desesperadamente huir de ella. Manténnos confiados en tu gracia.

Al final del Evangelio: Padre, te bendecimos por tu humor, cuando nos aseguras tu protección, que llega incluso hasta nuestros cabellos; y cuando nos das más valor que a todos los pajarillos del mundo. Te pedimos por todos nuestros hermanos afectados por la inquietud (también por nosotros). Que tu Espíritu nos fortalezca en la confianza.

5. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística III, que subraya la libertad de Cristo y su lucha por la vida, tal como Pablo lo describe en la segunda lectura.

6. Palabra para el camino.

Exponer y defender las opiniones políticas refuerza las convicciones y las hace más incisivas. ¿Y nuestras convicciones religiosas?

Ante ciertas relaciones, ¿no somos tentados a veces para dejar de lado nuestros compromisos de creyentes, a negar la fe para no comprometernos, dispuestos a cualquier compromiso para salvar nuestra posición? ¿Por quien nos decantamos ante los hombres?